



APUNTES SOBRE LA MÍSTICA DE MEISTER ECKHART

Por Agustín Balbontín

El objeto de este trabajo es presentar los aspectos relevantes de la mística enseñada por el gran Maestro Eckhart a fines del s.XIII en el monasterio de Erfurt en Alemania, los que se encuentran compilados en los escritos denominados Reden der Unterscheidung, título que puede traducirse como “Lecturas acerca de la Discriminación”. Estos textos de instrucciones espirituales dirigidas a los novicios del monasterio contienen las bases sólidas sobre las que se erigirá la estructura posterior de toda la mística eckhartiana.

Los Reden der Unterscheidung son los primeros textos de Eckhart que conocemos y son anteriores a su posterior especulación filosófica. Están claramente basados en su inmensa vivencia mística y muestran ya el sentido de un camino espiritual universal que está por encima de la ortodoxia doctrinaria y del ritualismo sacramental.

Al leer estos escritos es importante considerar que se trata de consejos e instrucciones que están dirigidos a comunidades de religiosos y religiosas y por lo tanto, se encuentran naturalmente dentro del contexto doctrinario cristiano. A pesar de ello, se percibe ya en estos textos tempranos, la independencia que caracterizará toda la obra eckhartiana.

Invitación a la mística

Al igual que en Plotino, los Reden constituyen un llamado a la experiencia mística personal de su auditorio, es decir, a comprometerse en la realización de la tarea espiritual que constituye la vocación esencial de todo ser humano. No se dirigen al que sólo busca la satisfacción de una coherencia en el edificio de sus ideas, sino a quien anhela vivir la plenitud espiritual de su alma. El místico no pertenece al ámbito del arte ni al de la filosofía como se entienden en nuestra cultura actual, pues lo que él manifiesta es una experiencia particular e irreductible. Al decirlo de esta manera nos estamos refiriendo al concepto más común de artista y de filósofo en nuestra cultura y no a las vías del músico, del amante [de la Belleza] y del Filósofo que nos presenta Plotino en sus Enéadas. Así, no es el artista que comunmente hoy día conocemos, porque no se agota en la obra expresada sino que ama el gran silencio; no es el filósofo profesional, porque no indaga ni traduce racionalmente

su propio pensamiento, sino que ofrece únicamente un signo, una representación, de aquello que en última instancia no puede ser efectivamente racionalizado. Sería por tanto inútil querer interpretar adecuadamente con la palabra lo que es acto de vida profunda e inefable. Más bien es necesario hacerse eco de este llamado profundo, de esta invitación que el Maestro nos hace, y con las alas de la fe y de la intuición ascender a las elevadas cumbres del alma en las que habita el silencio, lugar desde el cual se vislumbra el clarear del amanecer y en donde el espíritu anhelante integralmente copado por la nostalgia de Dios, presiente el advenimiento de la Inefable Presencia.

Mística y servicio

Sin embargo, si el místico por un lado es persona encerrada en el incomunicable círculo de su existencia y no conoce otra relación que la que existe entre el alma y Dios, por otro lado, es coexistencia, comunicación y amor universal o caritas, y, en cuanto tal, es palabra expresada y relación espiritual. El “encierro” absoluto en su propio ser personal es tan absurdo como la relación pura de abstracta universalidad con el mundo que lo rodea. En su vital relación con otras almas el místico demuestra a sí mismo la pureza y realidad de su querer y el valor de la experiencia íntima de su alma: por eso combate y actúa en el mundo, escribe y habla a otras almas, en cierto modo para

aclararse a sí mismo, pero por sobre todo para permanecer fiel a vocación divina. La inmóvil luz interior amenazaría con apagarse si no se recuperase en otros hombres encendiendo nuevos corazones. El místico, que parece tener que concentrarse en la posesión plena y autosuficiente de su espíritu, es, en realidad, como su Dios, actividad desinteresada y pura que trasciende perennemente sus propias obras y pertenece solamente a su ser en Dios. Así también nos enseña el sagrado Bhagavad Gîtâ acerca del modo de actuar del místico, es decir, del sabio devoto:

“Si el ignorante obra por apego a la acción, el sabio, ioh Bhârata!, debe obrar sin apego a ella, anheloso del bienestar del mundo.” [B.G. 3,25]

El camino de la realización espiritual

Los Reden son la revelación de esa “actitud” específicamente bosquejada desde un principio con la más deseable claridad.

“La verdadera y completa sumisión es virtud que supera a todas las demás. Ninguna obra importante puede realizarse sin ella, y por más insignificante y de poco relieve que sea una ocupación, si se hace con espíritu de sumisión, da provecho mayor que el celebrar o escuchar la misa, rezar, contemplar u otra cosa alguna que pueda imaginarse”. [P.5, 6-11]

Lo que importa no es tanto el conocimiento, ni la obra en sí. El saber no es renuncia ni sacrificio de sí mismo, sino reconocimiento del ser y por lo tanto vínculo con la realidad; la obra no tiene significado en sí misma si no es santificada por la adhesión total a Dios (Gelassenheit) y por tanto con desinterés y desprendimiento absoluto de las cosas. El principio y el fin de la vida espiritual es la “soledad interior” que es desnudez o negación absoluta del sujeto. El hombre debe abdicar de su propio querer y de su propio yo, renunciar a su pensamiento y a su deseo, liberarse de causas y motivos exteriores. Este es en los Reden el motivo central del misticismo ético del Maestro que inspira todas sus enseñanzas. Se camina siempre por la santa senda del perfecto desapego:

“Nadie ha renunciado tanto en esta vida que no pueda conseguir renunciar más todavía”

Esta negación sólo puede pensarse en función e íntima relación con el sentido de lo Divino y de lo Celeste. No se trata nunca de visiones milagrosas. El misticismo eckhartiano, aunque sostenido por una perenne tonalidad afectiva, más bien desconfía del sentimentalismo y de todo espejismo extático. Los “dulces sentimientos” pueden ser producidos por los sentidos, y no necesariamente hace mejores a quienes los experimentan. En cambio, los que han crecido en el amor de Dios po-

seen una fe inquebrantable en Él y se adhieren a Él con su voluntad fidelísima aun sin estas especiales “experiencias”.

Toda la mística de Eckhart, interpretada por ahora como actitud volitiva y originaria, puede resumirse en estas palabras del mismo Maestro.

“¿En qué se basa la verdadera posesión de Dios? Se basa en el sentimiento, en una razonable norma interior y un retorno de la voluntad hacia Dios, no en un continuo e ininterrumpido pensar en Dios, que estaría más allá del poder humano, o que por lo menos resultaría muy difícil. Y tampoco sería lo mejor. El hombre no debe conformarse con un Dios pensado, porque si pasa el pensamiento pasa también Dios, mas se debe poseer un Dios en ser, superior al pensamiento del hombre y de todo lo creado, y este Dios no pasa aunque tú te apartes voluntariamente de Él.” [P.11, 3-14]

Y en realidad toda la doctrina eckhartiana se dirige a substituir al “Dios pensado”, al Dios “objeto” del renovado aristotelismo de su época, por el “Dios vivo”, el Dios “subjetividad de nuestra subjetividad”: una concepción, en suma, que dé en el campo teológico-filosófico el equivalente lógico menos inadecuado de la originaria experiencia de lo Divino.

Dios es eterno presente. De aquí que el valor espiritual del alma sólo reside en la actualidad del acto presente. El haber pecado deja de ser pecado en cuanto sentimos el dolor de ha-

berlo cometido: el arrepentimiento renueva el amor del presente y lo fortifica. El pasado, por malo que haya sido, se borra con un acto de amor y de entrega: más aun, cuanto peor ha sido el pecado, tanto más intenso resulta el arrepentimiento que lo condena y el amor que se le opone. Por este motivo con mucha frecuencia Dios ha permitido que el mal del pecado llegue a oprimir justamente a aquellos que ha querido destinar a grandes cosas.

Al respecto, recordemos al famoso Valmiki, el sabio autor del Ramayana, quien en su juventud hizo amistad con gente malvada y se convirtió en un hombre perverso, asaltante de caminos, hasta que intentó robar a los Saptarishis que pasaron por el lugar. La palabra de estos sabios despertó el corazón de Valmiki y así llegó a convertirse en uno de los grandes santos de India.

El mismo pecado cometido pertenece a un pasado irrevocable; el hombre que se adhiere realmente a la voluntad de Dios no querría nunca que el pecado en que cayó no hubiese sido cometido. La culpa cumple una función dialéctica: es el necesario momento negativo por el que el alma se siente miserable e infeliz y llega a adquirir cabalmente el sentido de la íntima condición de criatura. Pero esta conciencia de la propia miseria y de la propia desolación aproxima súbitamente el alma a Dios. El drama del alma no se desarrolla entonces entre

lo externo y lo interno, sino que se cumple íntegramente en la intimidad. La culpa está en la dispersión del alma en el mundo de las cosas, en el deseo de posesión, en el abandono al vano encanto de los bienes terrenales. Al perder la conciencia de su interioridad divina, siente en sí la angustia de la nada, porque se da cuenta que nada valen las cosas que lo han seducido. La angustia le hace comprender la necesidad de reconquistarse. Pero el círculo espiritual se afianza sólo si reconoce el llamado de la angustia y en un acto de amor y de entrega se libera de golpe de su obscura afición y de sus motivos prácticos y con un acto de voluntad se adhiere a la voluntad de Dios. Este “acto” es el centro mismo de la vida moral e instaura el divino presente:

“Encontrando ahora bien dispuesto al mortal, Dios no se cuida de lo que fue antes. Dios es un Dios del presente: tal como te encuentra te toma y te deja y no pregunta lo que tú has sido, sino lo que eres ahora”. [P.21, 7-10]

Cabe notar aquí que Eckhart es cabalmente contrario a la idea de culpa tan frecuente en algunas tradiciones cristianas.

Lo exterior debe ser negado y trascendido, pero si no existiese, el alma no podría realizar su acto moral, porque le faltaría la base para trascender. La vida moral aparece entonces como actividad perenne que no se aísla del mundo, sino que se apoya sólidamente sobre él y desde él se yergue sin cesar para

condenarlo y redimirlo al mismo tiempo. En esta concepción se renuevan algunos motivos del pensamiento de San Agustín e incluso se preludian aspectos del formalismo ético de Kant. Recordemos la buena voluntad kantiana como lo único “bueno en sí mismo”.

Teología mística

La posibilidad de la trascendencia está en la inmanencia de Dios. Nos dice que Dios “está oculto en el fondo del alma”, preanunciando en esta expresión la doctrina del “fondo” (grunt) del alma, la “chispa” (scintilla) del alma, tema que posteriormente desarrollará en sus obras latinas y que le valdrá la condenación eclesiástica. En ellas distingue entre Dios Creador con sus tres Personas (got) de la Deidad absoluta (gotheit), la esencia divina misma, de la cual ninguna cualidad puede ser predicada, conceptos análogos a Brahman Saguna y Brahman Nirguna de los Upanishads. Así como la Deidad es anterior a las tres Personas, según nuestro modo de comprender, el “fondo” del alma es lo anterior a las facultades del alma.

“Algo hay en el alma que es increado e increable; si toda el alma fuese tal, sería increada e increable, y esto es el intelecto”.

“...el Dios sin nombre es inexpresable y el alma en su fondo es tan inexpresable como él”. [Sermón Qui odit animam suam]

Este concepto es comparable a la enseñanza sobre la Conciencia Pura (Kutastha Chaitanya) de la Vedanta Advaita.

Capacidad moral del alma

Nos habla Eckhart de la capacidad moral del alma y de la omnipotencia redentora del amor sin establecer ninguna instancia intermedia entre el alma y Dios. Ni la obra de la gracia santificante, ni el valor carismático de los sacramentos, ni la función de la Iglesia aparecen aquí. La experiencia espiritual cristiana en nada difiere de las grandes experiencias místicas del mundo clásico y oriental, despojándola así casi completamente de la compleja estructura dogmática del catolicismo escolástico. Consideraba todo medio exterior, sacramentos, dogmas y narraciones evangélicas, únicamente como símbolo y “ocasión” no esenciales a la vida espiritual. La confesión misma es considerada meramente un instrumento de liberación práctica.

Quien ama a Dios realmente no le pide nada y quiere únicamente que se cumpla Su voluntad: fiat voluntas tua; pedirle un bien determinado sería índice de un alma dominada todavía por sus deseos muy personales y caducos, y ansiosa de afirmar su propio yo frente a Dios y por sobre Dios mismo. Por tanto, quien ama a Dios es un “espíritu libre”, porque está inmune a la acción del mundo y coincide con Dios, que es libertad absoluta.

“En realidad una cosa es necesaria”: la voluntad buena que obra por simple amor y sin un porqué; en lo demás, el hombre es libre de elegir el camino y los procedimientos:

“Dios no ha condicionado nuestra salvación a una modalidad particular: lo que un buen procedimiento puede obtener, lo pueden también todos los demás”. [P.26, 9-15]

De ahí la condena, como en Buda y en los Evangelios cristianos del farisaísmo de las “obras buenas” y de las penitencias, y también la minus valoración implícita de la superestructura jerárquica, sacramental y litúrgica de la Iglesia.

Cabe la pregunta: la actitud del “libre espíritu” ¿es punto de partida o de llegada? Los Reden como textos dedicados a la enseñanza asumen la virtud como “hábito” adquirible y Eckhart afirma reiteradamente la necesidad de formarse el hábito de no perseguir la propia ventaja, sino de encontrar a Dios en todas las cosas, de desprenderse del mundo y hacerse ajeno a él para poder disponer libremente de las cosas sin perjuicio espiritual; por tanto es deber del hombre convertirse en buscador de Dios en todo tiempo y en todo lugar y persistir en este esfuerzo aún sin alcanzar la meta de tal perfeccionamiento. La vida moral se nos presenta así como perenne liberación en acto, continua y renovada renuncia, reconquista perpetua de sí mismo a través de la negación del no-ser, vale decir de lo exterior y transitorio, cuyo surgir desde el fondo de nuestra condi-

ción de criatura es, como vimos, el necesario momento dialéctico del acto moral. Esta es la forma que Eckhart presenta la práctica constante del Discernimiento (Viveka) que con tanta insistencia pondera nuestro amado Bhagavad Gîtâ. Sólo bajo esta condición el acto tiene valor espiritual.

Sin embargo, Dios otorga su gracia al alma que así renuncia. Indudablemente, el hombre es incapaz de llegar por sus propios medios a esa vida divinizada; pero Dios no se deja vencer en generosidad, Así Eckhart nos dice:

“Cuando Dios te encuentra dispuesto, necesita actuar y expandirse en ti, lo mismo que en un aire puro y claro, es preciso que el sol se expanda, y no puede dejar de hacerlo. Sería ciertamente un gran fallo, por parte de Dios, no realizar grandes obras en ti, y no colmarte de grandes bienes cuando te encuentras tan vacío y despojado... Cuando la naturaleza llega a su grado supremo, Dios concede su gracia.” [Sermón: Et cum factus esset Jesus annorum duodecim...]

El nacimiento divino

Así morir para el mundo, que es la nada, significa “nacer para Dios”, que es la Realidad verdadera. En el instante en que el alma muere para sí y para las cosas por el acto de entrega incondicional, nace realmente a la vida verdadera, emerge de su nada y se instaura en el ser. Es el “nacimiento eterno” que no

tiene historia porque se actualiza en el presente instantáneo y se sigue renovando en cada instante. Quienes así viven son verdaderamente “dos veces nacidos”.

Aún el comienzo de nuestra búsqueda es ya posesión y “nacimiento divino”, puesto que ese movimiento inicial de nuestra voluntad no puede ser continuidad de la vida cotidiana, formada de intereses y necesidades, no puede estar originado en una cadena de causas y efectos, es decir, no puede ser producto del karma, sino que es un salto, una ruptura con el mundo. Quien quiere morir para el mundo exterior a fin de renacer en Dios, ha muerto ya para su miseria y renacido para la eternidad en el acto mismo de su querer. Comparemos con la siguiente cita del B. Gîtâ:

“Aún si el más grande pecador Me adorara con entero corazón, ha de ser contado entre los justos, puesto que se determinó por la rectitud (buena voluntad). Rápidamente llega a ser sabio y se encamina a la Eterna Paz. Ten por cierto que jamás perecen Mis devotos.” [B. Gîtâ IX, 30-31]

Y este camino está dispuesto para todos los hombres, no sólo para aquellos que han sido iniciados en el conocimiento de estos Misterios, lo que Eckhart establece en uno de sus Sermones comentando el episodio evangélico en que Jesús entrega profundas enseñanzas a una samaritana de pobre condición moral:

“No hay persona tan torpe ni tan limitada que no pueda conseguir eso; basta que por la gracia de Dios, unifique pura y totalmente su voluntad con la voluntad de Dios y diga en su deseo: ‘Señor; mostradme vuestra máxima voluntad y dadme fuerza para cumplirla.’ Y Dios lo hará, tan cierto como que vive; y Dios le dará perfectamente y de todas maneras esa total plenitud, como pudo dársela a aquella mujer.”[Sermón: Euge, serve bone...]

En nuestro B.Gîtâ encontramos una enseñanza similar:

“Quienes en Mí se refugian, ioh Pârtha!, aunque concebidos en pecado, sean mujeres, vaisyas o sudras, también huelan el Sendero Supremo. Y mucho más todavía los santos brahmines y los piadosos rajarshis. Si viniste a este mundo transitorio y aflictivo, adórame. Posa la mente en Mí. Sé Mi devoto. Sacrifica en Mi honor. Póstrate ante Mí. Armonizado así en Âtman, seré tu aspiración suprema y llegarás a Mí.”
[B.G.9, 32-34]

Respecto al mundo en que vivimos y a nuestros semejantes, Eckhart nos recuerda la expresión genuina de la buena voluntad en el amor y consideración del prójimo:

“Si uno estuviera en un estado de éxtasis... y supiese que un enfermo necesita algún pequeño servicio, yo consideraría mucho mejor que dejara el amor y el éxtasis para servir a

Dios con un amor más grande... Por amor se puede renunciar a todas las delicias del amor” [P.17, 5-9; P.17, 24-27]

Asimismo. cuando el alma se mantiene unificada y libre, es natural que contemple las cosas con divina serenidad; en cada una de ellas intuye lo Uno y lo Eterno y en ellas cumple su acto moral. Así nos dice Eckhart:

“Un individuo despojado de su yo estaría rodeado de tal manera por Dios que todas las cosas creadas no lo podrían tocar sin tocar antes a Dios; lo que tuviese que llegar hasta él debería llegarle a través de Dios, de quien recibiría su sabor transformaado en divino”. [P.19, 19-24]

“... en él [el mundo] brilla Dios todo el tiempo”. [P.11, 15-18]

“...todas las cosas son para el hombre interior un saber divino interior”. [P.34, 16-18]

La influencia del Maestro

A pesar de la condena de la Iglesia, Eckart influyó notablemente en la mística renana posterior especialmente en dominicos de su orden como Tauler y Suso. Y desde entonces su impronta no ha cesado de estar presente hasta nuestros días, directa o indirectamente. Sólo por mencionar a algunas figuras prominentes, recordemos a Nicolás de Cusa, Martín Lutero, Jacob Böhme, San Juan de la Cruz, a los idealistas alemanes Fichte, Schelling y Hegel, y particularmente a Schopenhauer

quien reconoció en diversas ocasiones la influencia de Eckhart en su pensamiento, y así escribió:

“Estos son mis compañeros espirituales: Eckhart y Tauler”.

Hermann Büttner publicó en 1903 una antología de escritos de Eckhart, que tuvo un gran éxito, en la cual lo presenta como un heterodoxo católico y un espíritu libre que supo oponer una «religión verdadera» a la formal eclesiástica.

En la segunda mitad del siglo XX el interés por Eckhart retornó al ámbito filosófico, sobre todo cuando Heidegger afirmó que mientras meditaba en el ser, leyó frecuentemente los escritos del maestro dominico.

Pero más allá de todas estas consideraciones casi periodísticas, creo que lo más importante al leer y estudiar los escritos del Maestro, es tener presente que Eckhart nos impulsa a vivir un camino que trasciende todas las épocas, a escuchar la voz de nuestra esencia divina que nos llama desde el corazón a iniciar el retorno a la casa de nuestro Padre Celeste, nuestro hogar verdadero. No en vano advertía Tauler ya en su época a quienes criticaban al noble religioso dominico:

“Él hablaba desde el punto de vista de la eternidad, y vosotros lo habéis entendido según el tiempo”.

*Por el Prof. Agustín Balbontín
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*